CUENTOS INFANTILES

PARA ADULTOS

María Porta

Cuentos infantiles para adultos
María Porta

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17768-08-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2018 Mª Dolores Porta Martinez
© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición
© Portada, contraportada y dibujos: María Porta

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

La última noche que pasé contigo
quisiera recordarla...,
pero no he podido



No sé por qué, pero hay días que me levanto ya con una inquietud que no soy capaz de sacudirme. Es más, a medida que avanzan las horas, se hace cada vez más insoportable, como si el incesante goteo de desasosiego se fuese acumulando hasta formar una montaña que amenaza con sepultar mi sano juicio. Ayer, sábado, fue uno de esos días de inquietud insoportable imposible de sacudirse. Sería porque el día amaneció lluvioso y tristón, no lo sé.

Aunque, ahora que lo pienso, ya por la noche me costó meterme en la cama. Estuve caminando un buen rato por la sala como si fuese una fiera enjaulada, mecánicamente, de un lado a otro. Pensé en la posibilidad de ir a dar una vuelta, pero al final me conformé con asomarme a la ventana y contemplar, hechizada, la enorme luna casi llena que había convertido esa noche prácticamente en día.

Me desperté sobresaltada por un sueño horrible en el que me veía con la cara y las manos cubiertas de sangre. No me atrevía a abrir los ojos, por miedo a que el sueño fuese realidad. Por fin me decidí; no era cuestión de pasarse el día entero sentada en la cama con los ojos cerrados y sin dar palo. Abrí los ojos. Nada. En efecto, había sido un sueño. Respiré con profundo alivio y pensé: "Voy a tener que hacérmelo mirar. Esto no es normal."

Pasé el sábado intentando matar la susodicha inquietud con esas tareas domésticas que tanto detesto —pasar la aspiradora a conciencia, quitar el polvo de todo el mes, poner diez lavadoras...—. Ya se sabe: una vez al año, haga falta o no. Acabé reventada, pero mi malestar anímico persistía. Decidí, esta vez sí, salir a tomar algo.

Tardé un montón en escoger lo que me iba a poner y, para colmo, acabé poniéndome lo de siempre: vaquero, camiseta y un fular en el bolso para echármelo por los hombros si tenía frío. No estaba yo demasiado inspirada para banalidades estéticas. Pensé en llamar a alguna amiga para charlar un rato, pero, tal y como estaba de ánimo, lo único que haría sería amargarle la noche. Y salí sola.

"¿Adónde voy?" —me pregunté—. "¡Y yo que sé!" —me respondí—. "Hace tanto que no salgo..." —me apostillé.

Recuerdo que la última noche que salí había una luna preciosa, eso sí. Y lo recuerdo porque estuve contemplándola con un chico que había conocido unas horas antes en un pub del Orzán, cuando yo estaba con mis amigos y él con

los suyos. Se llamaba Raúl. Creo. O no. Me da la impresión de que el nombre me lo he inventado para rellenar mis lagunas de memoria. Es igual. Como sea, en adelante se llamará Raúl.

Después de bailar y beber a buen ritmo con el grupo, Raúl y yo nos despedimos de nuestros respectivos acompañantes y nos fuimos en su coche a uno de los picaderos de la ciudad, al lado del mar. Tenía un todoterreno muy respetable y los asientos de atrás se abatían. Perfecto para echar un polvo, vamos. Y eso fue lo que hicimos. O lo que debimos de hacer, porque de aquella noche no recuerdo nada, sólo que abatimos los asientos y empezamos a toquetearnos... Y nada más. Raúl se esfumó y yo me encontré repentinamente en mi cama sin saber cómo había llegado a ella. Pero en ella estaba, y con toda la pinta de haberme metido en el mar, porque tenía la ropa húmeda y el cuerpo salitroso. ¿Cómo podía no recordar una cosa así? A ver si era un sueño... Pero no, no era un sueño; la ropa estaba húmeda y el cuerpo... Pues eso, salitroso. Fara, mi perra, me lamía con deleite. Debía de estar en mi punto... de sal.

Pasé la semana siguiente esperando su llamada. Había anotado mi número, porque él tenía el móvil sin batería y yo había dejado el mío en casa. Dijo que me haría una perdida para que yo grabase el suyo —al parecer no se lo sabía de memoria— o me llamaría, directamente. Pero la llamada nunca llegó. No era la primera vez que me pasaba eso de que me dijeran que me iban a llamar y no lo hicieran. Y no sólo eso, sino que ninguno de ellos respondía a

mis llamadas. Y no lo entendía. Todos los chicos que conocía en esas noches de romanticismo acelerado desaparecían de mi vida tan rápidamente como habían llegado. Todos parecían encantados de haberme conocido, todos decían que me llamarían... y ninguno lo hacía. Estaba empezando a pensar que era persona "non grata" entre el género masculino y que nunca encontraría pareja para más de una noche.

Bueno, estaba en el portal decidiendo adónde iba. No me apetecía sacar el coche, así que pensé ir al café en el que desayunaba habitualmente, a dos calles de distancia. No era demasiado tarde, así que todavía estaría abierto. Además, tampoco tenía el cuerpo para mucha juerga y supuse que volvería pronto a casa. Allá me fui.

Esa noche le tocaba trabajar a Ricardo, de lo cual me alegré, porque iba a empezar por un agua fría y un café bien caliente, y Ricardo hace los mejores cafés del mundo.

Había ambiente de gente joven que entraba y salía a fumar armando un considerable jaleo. No vi a ningún conocido con el que pudiese hablar, así que me quedé en una mesita discreta y apartada y me puse a leer el periódico, aunque ya estuviese casi caducado, dada la hora.

Cuando me di cuenta, el local estaba vacío y yo seguía con el periódico abierto en la misma página —la primera—, el café frío y el agua, del tiempo. ¡Había estado pasmando hora y pico! ¡Y sin enterarme! Definitivamente, ese no era mi día. Me encontraba rara, no entendía qué me pasaba.

Ricardo se acercó a mi mesa y se sentó a mi lado. Estuvimos charlando un buen rato, cosa que agradecí, porque necesitaba un poquito de actividad mental "normal". Nunca había hablado con él durante tanto tiempo ni de cosas que no fueran puramente convencionales o irrelevantes. Descubrí a una persona de conversación amena e inteligente que me gustó, para qué negarlo, y al que empecé a ver de manera distinta a medida que transcurría nuestra charla. Sólo tenía un defectillo, su tendencia política. Pero, si hasta entonces no la había notado y sólo supe de ella porque él mismo me lo había dicho, el asunto no sería muy grave, digo yo. Que el chico me gustaba y no se contenta el que no quiere, vaya. Además, ¿iba a desdeñar al posible hombre de mi vida por un quítame allá una tendencia política? ¡Faltaría más! Pues eso, que el corazoncito me hizo tilín-tilín, en el estomaguillo me revoloteaban mariposillas... ¡Jo, qué bien! ¡Parece que tenía una nueva ilusión!

Acabó haciéndose tardísimo y el pobre Ricardo todavía tenía que limpiar. Como la responsable de la tardanza había sido yo, me ofrecí a ayudarle. Al principio se negó —yo creo que era cuento—, pero después claudicó —yo creo que encantado de la vida—. Servidora barrió y fregó el suelo —ese día me tocó doble ración, vaya por Dios— mientras él hacía caja, cargaba neveras y todas esas cosas que se hacen en los bares.

No sé cuánto tardaríamos ni qué hora sería, sólo sé que yo estaba cansadísima y sudando gotas pero que muy gordas. Me alegré, porque así me daría una duchita rápida

cuando llegase a casa y dormiría cual lirona. A ver si así se dormía también la inquietud insoportable origen de todos mis males. Como había ido andando, Ricardo se ofreció amablemente a llevarme a casa en su coche. Yo acepté encantada, claro; después del maratón de fregado, no tenía ningunas ganitas de andar.

Cuando salimos del local y vimos la luna, nos quedamos los dos boquiabiertos. Era una luna enorme, baja y de un amarillo resplandeciente. Se le podían contar los cráteres y todo. Yo, que siempre llevo una cámara compacta en el bolso, lo primero que hice cuando fui capaz de cerrar la boca fue sacarla y empezar a disparar. ¡Dios mío, qué pasada, no podía dejar de mirar para ella, me tenía hechizada!

Quería seguir haciéndole fotos y a Ricardo se le ocurrió llevarme a un sitio donde la veríamos mucho mejor. Y efectivamente, se veía mucho mejor. La Luna, digo, porque del resto no se veía nada. Salí del coche emocionada e hice un ciento de fotos con todos los encuadres posibles. Cuando ya me di por satisfecha, nos volvimos al coche y se las enseñé a él. Y como para enseñárselas tuvimos que acercarnos y ya se sabe que el roce hace el cariño…

Nos enzarzamos en una batalla de besos sin tregua y la ropa empezó a aflojarse como si tuviese vida propia. En un instante estábamos haciendo el amor como si el mundo se acabase al amanecer. Tanto ímpetu le pusimos que nos quedamos sin sudor, sin saliva, sin fluidos…

—Te quiero desde el primer momento en que te vi —me dijo.

—Que Dios va a existir y todo… —pensé yo.

Y nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro con infinita ternura. No recuerdo haberme sentido nunca tan inmensamente feliz, tan…

Y ahí se acaban mis recuerdos de esa noche. La última imagen que tengo de ella es aquella luna hermosa y potente desenfocada por el cansancio.

Me desperté en mi cama, desnuda, sobresaltada por un sueño horrible en el que me veía con la cara y las manos cubiertas de sangre. No me atrevía a abrir los ojos, por miedo a que el sueño fuese realidad. Por fin me decidí; no era cuestión de pasarse el día entero sentada en la cama con los ojos cerrados y sin dar palo. Empecé por abrir los ojos… ¡Las manos estaban llenas de sangre! ¡No podía ser, tenía que estar soñando! Las sábanas también estaban rojizas. Me levanté de un salto y fui a mirarme al espejo del baño, rezando para que mis miedos no se confirmasen, pero no fue así. Por mucho que se rece, Dios –en caso de existir— nunca está cuando se le necesita. La cara, más bien la boca, estaba como las manos, ensangrentada. Y me juré no volver a rezar nunca más. ¿Para qué?

Llené la bañera con agua muy caliente para despegarme del cuerpo aquella sangre seca que lo cubría en muchas más partes que cara y manos. Me metí en el agua antes de que la bañera acabase de llenarse y empecé a frotarme con

saña con el cepillo de las uñas y jabón de taco. Cuando la bañera ya estaba llena y mi piel al rojo vivo, apoyé la espalda, estiré las piernas, dejé flotar los brazos y cerré los ojos. Estaba tan cansada que recé para quedarme dormida y que cuando me despertase –seguramente en mi cama—, descubriese que todo era un sueño. ¡Mierda, ya había vuelto a rezar! ¡Y eso que había jurado que no lo haría más! Está visto que no soy de fiar.

Cuando llevaba unos diez minutos a remojo, sonó el timbre de la puerta.

—Que le den a quien sea —pensé—. De aquí no me saca ni ese Dios que nunca está cuando se le necesita.

Cerré los ojos y seguí escuchando los conciertos de Brandeburgo. Ellos sí que nunca me habían fallado, no como Dios, el muy... ¡inexistente!

Salí de la bañera con la piel arrugada y los músculos más relajados. Me vestí con ropa de andar por casa. Al quitar las sábanas para llevarlas a la lavadora, vi que además de sangre estaban llenas de... ¡pelos!

—¡¿Pelos?! ¡¿Pelos de quién!? —me pregunté—. ¡Míos no, desde luego! ¡Si parecen de perro!

Desconcertada, me fui con las sábanas a la cocina. Antes de meterlas en la lavadora, las sacudí con fuerza. Puse a funcionar la máquina en el programa más largo y con el agua más caliente que era posible. La dejé lavando.

Me iba a hacer un café cuando volvió a sonar el timbre. Esta vez sí abrí. En la puerta aparecieron dos hombres muy serios. Uno de ellos, el del bigotito, preguntó:

—¿La señora Cancela?

—Sí, soy yo.

—Policía —y enseñaron las placas—. ¿Conoce a este hombre? —dijo mostrándome la foto de Ricardo.

—Sí. ¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Lamentablemente, sí. Esta mañana lo han encontrado en su coche prácticamente descuartizado y con signos evidentes de haber sido atacado por algún perro o animal salvaje de gran tamaño. Los desgarros en la carne eran terribles y faltaba una gran parte de la misma.

Me quedé petrificada, no podía reaccionar de ninguna manera.

—Según se deduce de las declaraciones de los testigos oculares que los vieron salir a ambos del café de la víctima a altas horas de la madrugada, usted fue una de las últimas personas que lo vio con vida; por lo tanto, si es tan amable, le pedimos que nos acompañe para responder unas preguntas.

Salí de mi embobamiento.

—¡¿Cómo dice?! ¡¿Que Ricardo ha muerto?! —le pregunté con desesperación—. ¡No puede ser! ¡Si estuve hace unas horas con él!

—Por eso mismo le pedimos que nos acompañe, señora —respondió con tono de “qué pesadita eres, tía”.

—¿Acompañarles? No pensarán que lo he matado yo, ¿verdad? ¡Yo lo amaba! ¡Lo amaba!

—Nadie la está acusando de nada, señora. Simplemente le pedimos que nos acompañe para hacerle unas preguntas y unas pruebas de ADN, si es tan amable.

No me lo podía creer. Ricardo, "mi" Ricardo, salvajemente asesinado... ¿Por qué? ¿Por qué pensarán que pude haber sido yo? Porque seguro que piensan que he sido yo. Aunque yo no soy ningún perro grande ni animal salvaje. ¿Cómo iba yo a matar de esa manera tan cruel al hombre de mi vida, al hombre que me había querido desde el momento en que me había visto? No, no, no, eso era imposible, estaban totalmente equivocados y se lo demostraría. Un momento..., ¿se lo demostraría? ¿Cómo? Si no recordaba prácticamente la mitad de la noche...

Los acompañé a la comisaría y respondí a cuantas preguntas me fue posible. Pedí bolígrafo y papel para escribir unas palabras mientras esperaba a no sé qué resultados del laboratorio. Qué más me daba esperar o no. Ya no me importaba nada, mi vida había perdido su razón de ser, su efímera ilusión. Y empecé a escribir.

Justo acababa de terminar cuando volvió el del bigotito y me dijo:

—Acaban de llegar las pruebas del laboratorio y su ADN coincide con el de la saliva encontrada en las heridas del difunto. Señora Cancela, siento decirle que queda usted detenida por el asesinato de Ricardo de la Fuente.

No me alteré lo más mínimo. ¿Para qué? Total, él ya no estaba, mi vida ya no tenía sentido. Pedí permiso para ir al servicio antes de marchar. Me lo concedieron.

Cuando cerré la puerta, me saqué un cinturoncito de plástico barato que llevaba en el vaquero. Pasé un extremo por la hebilla y lo até a la llave de paso del agua que estaba a cierta altura; no toda la que yo hubiese querido. Me subí al lavamanos, metí la cabeza por el bucle que había hecho con el cinturón y recé para que el plástico barato aguantase lo suficiente. ¡Mierda, ya había vuelto a rezar al puto Dios inexistente de los cojones!

Saqué el papel que acababa de escribir y lo leí por última vez.

Ricardo, mi vida:

Nunca olvidaré tus besos, tus caricias, tus palabras ni la inmensa luna llena que alumbró nuestro amor la noche que pasamos juntos. Bueno, no olvidaré la mayor parte de ella, porque la última parte de la noche que pasé contigo, quisiera recordarla, pero no he podido... Tuya siempre hasta la eternidad,

Lupa

Tras terminar de leerlo, me dejé caer con cuidado del lavamanos, para que el tirón no rompiese el cinturoncito de plástico barato.

El cinturoncito no se rompió y yo pasé a mejor vida. A mucha mejor vida, diría yo. Pasaría toda la eternidad al lado de mi Ricardo. Qué rico era mi Ricardo… O mejor dicho, que rico… estaba. (Risilla fantasmal).

PS: ahora que me he oído riéndome fantasmalmente, acabo de darme cuenta de que este relato es una “fantasmada”. Por eso de estar contado por una fantasma, vaya, no me malinterpretéis.

Pero mira que eres patosa...



La ciudad estaba en obras por todas partes y, aunque no le era desconocida, pues había vivido allí varios años hacía ya otros muchos, le costó trabajo encontrar la calle que buscaba, que para colmo de males estaba en un barrio que aún no existía cuando Ella vivía allí.

Acompañaba a Suamiga a la primera revisión médica después de una pequeña intervención quirúrgica y habían salido con tiempo más que suficiente por si había algún imprevisto. Visión de futuro, sin duda.

Se fueron guiando por el GPS del coche, pero el pobre aparato, entre las calles cortadas por las obras y que ya estaba un tanto desfasado, tenía a las dos mujeres dando más vueltas que el bombo de una lavadora en pleno centrifugado.

Al final, Ella se cansó del trasto y decidió guiarse por su instinto. Cuando creyó estar relativamente bien ubicada, llamó a la consulta del médico, desde la que le informaron de que estaban, ni más ni menos, en la calle paralela. Sonrió.

—Qué GPS ni qué niño muerto. Dónde esté una buena brújula de nacimiento… —pensó.

En fin, que les acabaron sobrando unos minutillos y decidieron tomar algo. Entraron en la cafetería que estaba justo enfrente de la consulta y en la que aún quedaban algunos comensales de última hora apurando el menú del día. A Ella, hasta entonces feliz y sonriente animando a Suamiga con lo de la revisión médica, le cambió el semblante en cuanto cruzó la puerta del establecimiento y se fue dando cuenta de que no era la primera vez que entraba allí. Qué casualidad… Qué recuerdos…

Se sentaron en unos taburetes altos, delante de una barra que miraba a la calle. Se acomodaron y pidieron las consumiciones. Mientras esperaban, Ella echó un vistazo alrededor e inmediatamente los ojos se le clavaron en la mesa de la esquina contraria, en la que una pareja hacía señas a Elcamareropropietario —un señor de considerable panza— indicándole que ya habían terminado el segundo plato. Elcamareropropietario les preguntó qué querían de postre —flan para el hombre, macedonia de frutas para la mujer— y se dispuso a retirarles los platos de la comida y los restos del pan. Qué casualidad… Qué recuerdos…

Ella se levantó y se dirigió a saludar a ambos. Cuando la vio acercarse, Laotraella, la parte femenina de la pareja, tornó la sonrisa en gesto de asombro y el rosa pálido del rostro en blanco “roto”.